

Monsiváis, Carlos, "El Zócalo en cueros". Año 18, vol. 36
(octubre 2007), pp. 115-130 (cuerpo desnudos).

El Zócalo en cueros

(Imágenes de la reconciliación entre cuerpos y almas,
si ambas partes se comprometen a ir al mismo gimnasio)

Carlos Monsiváis

Pórtico versicular (donde la división entre el bien y el mal se inicia con la conciencia de la desnudez, o eso se ha creído)

Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer y no se avergonzaban.

Génesis 2:25

Y fueron abiertos los ojos de entrambos (luego de comer la fruta del árbol, codicia-
ble para alcanzar la sabiduría), y conocieron que estaban desnudos: entonces
cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales.

Génesis 3:7

Y él, Adán, respondió (a Jehová): Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque
estaba desnudo y escondíme.

Y díjole: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo?

Génesis 3: 10 y 11

Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y vistiólos.

Génesis 3: 21

Rumbo a la plancha del Edén

Desde muy temprano, tres o cuatro de la mañana, enfilan hacia el Zócalo
grupos, parejas, solitarios o, como tal vez ya se diga, movimientos sociales
unipersonales. Acude gente de todas las clases (la expresión no abarca a la
burguesía porque esto exigiría guaruras desnudos, pero sin armas) y de
todas las edades, menos la del inicio y la terminal; gente que en el desorden
de artes, oficios, profesiones y desempleos se dividen en estudiantes, profe-
sionistas, amas de casa a la nueva usanza (“Cuando entres al depto. prende
luego, luego la tele, que tarda en calentarse”), médicos, abogados, ingenie-
ros, pasantes, burócratas, profesionales de *género* (médicas, abogadas, inge-
nieras, etcétera), un conjunto de animosos presumiblemente de tendencia

izquierdista (la derecha protege en zonas exclusivas su derecho a la intimidad en público). La lista sigue: rockeros, mariachis que recién terminaron las faenas, vendedores ambulantes, taxistas... si se quiere acertar, elíjase en el mapa vocacional y laboral lo que se intuya, se conozca o se ajuste al censo de la audacia y las ganas de romper tabúes.

Los asistentes se notifican entre sí su alegría temblorosa (hay frío, la madrugada es hostil), el desafío que muda de acento rítmicamente, las actitudes que van de la timidez a la arrogancia (“Vine a que me devoren todas las miradas”). A fin de cuentas todos coinciden: “¡qué buena onda!, la experiencia va a ser única, ya lo es, te dije, no nos lo podíamos perder, ve nomás el gentío a esta hora!”, aunque la multitud insomne no se desgasta en explicaciones, órale, llégale, implántate el chip del reloj, va a estar a toda madre, que cómo defino a toda madre, pues sencillo: ahorita no estoy en mi casa en pijama, imagínate, en otra época lo más que nos habría tocado sería pronosticar el nacimiento de la tanga.

Entra al Zócalo el contingente de desnudables que pronto han de inventar el agua y la arena virtuales, y ya se prevé el espectáculo extraordinario, que no se desvanecerá en el sin fin de anécdotas ya en este momento en circulación. El 6 de mayo de 2007, patrocinadas por la UNAM y bien recibidas por el gobierno del DF, tienen lugar las instalaciones del artista Spencer Tunick cuyo material exclusivo son los cuerpos “al natural”, algo distinto en su aprovisionamiento de formas a la materia prima del campo nudista o del *Saló* de Pasolini o de las fotos de presidiarios desnudos y boca abajo, sometidos luego de un motín sangriento... Las sorpresas son inevitables y exigibles y ya se despliega el nuevo decoro, el regocijo de exhibir el propio cuerpo tal cual, mezclado con muchos otros cuerpos.

Unos y unas les comentan a otros y otras su gusto por verlos allí. “Ora si voy a saberlo todo”, y la frase resuena como pacto de solidaridad y armonía, nada de que la exhibición del cuerpo es una variable de la hipocresía, y resulta claro: uno y una han querido desde hace mucho convertirse en un “deleite visual”, o tal vez en algo arduo que aquí no se dice por respeto al vello púdico.

¿Qué es moral? ¿Y tú me lo preguntas?

En los alrededores de la Plancha en el Zócalo el primer interlocutor resulta, porque si no nada tiene chiste, la sociedad tradicional con sus sicarios, la Moral y las Buenas Costumbres, a las que jamás se ha definido porque hacerlo provocaría un debate infinito, unos preguntarían agresivamente: “¿Y

qué se entiende por *moral*?", y otros responderían: "Es lo que nos distingue de los animales", y los del principio preguntarían: "¿Y qué nos distingue de los animales?", y los respondedores afirmarían: "Nos distingue lo que nos consta: el que quiera definir la Moral, y no sabe la respuesta de antemano, ha cedido su mente a la impureza". Recuérdese: según la Moral tradicional el cuerpo desnudo es una trampa de los sentidos, y la lujuria es la atrofía de la placidez corporal, pero hay más expresiones del cuerpo sobre la tierra de las que... (Sigue el lugar común).

¿Y las Buenas Costumbres? Bueno, siempre se supo que los cardenales, los empresarios piadosos y los gobernantes moralistas nacen vestidos, y que entre santa y santo pared de cal y canto, y que ya no vaya a la playa Lencho en Viernes Santo, y el que ve una mujer para codiciarla ya adulteró en su corazón, así se trate de su propia mujer. El Trío de las Buenas Costumbres se afina:

Te puedes ir con quien tú quieres,
con quien tú quieras te puedes ir,
pero el divorcio, porque es pecado,
no te lo doy.

Con todo respeto ya al único que se le debe respeto es al respeto mismo, al que ya desde hace muchísimo no se le toma muy en cuenta, lo que es una falta de respeto a la memoria de lo respetable. ¿Y a quién se le dedica el minuto de silencio?... ¡Ah, cómo se indignarían los abuelos al ver esto! ¡Ah, lo que gritarían los padres si estuvieran cerca de un obispo o de una encuesta sobre Los Valores! ¡Ah, lo que diría uno mismo o una misma si hace diez años se hubiese vislumbrado en la Plancha desprovisto(a) de cualquier producto textil! En rigor, el desafío último de este domingo es la opinión que, de no ser él mismo o ella misma, cada quien tendría de su comportamiento. El reto no es doblegar el prejuicio ajeno sino el propio.

Mira que enterarse a estas alturas de que el cuerpo humano no es pecaminoso de por sí, algo que deja abierta la sospecha de que a lo mejor el pecado no surge de las entrañas de la tierra a la manera de un gran *strip-tease*. Y ya lo dice el Evangelio: "En el principio era el Cuerpo, y el Cuerpo era Dios y el cuerpo era con Dios". ¿O no lo dice así? No blasfemes, Epitafio, que te está oyendo.

* * * * *

Los congregados saltan por el frío y el campamento de los que prescindieron de la ropa se impacienta y quiere mojarse los pies en la playa de cemento, y representar con los cuerpos el oleaje silencioso. El albur agoniza a la vista de todos por depender históricamente de las vergüenzas corporales, y los chistes son lo propio de los vestidos.

—¿Por qué no la trajiste?

—Que te vistas, dicen los enterados.

El orden del conjunto es lo opuesto a la orgía y el desnudo masivo desensualiza o, algo mejor, traslada la sensualidad a las formas.

—Acomódenlos para que no se vean los claros.

El peso de la demografía aniquila la vergüenza. Miles no sienten la pena reservada a uno o a dos (si todo el Edén se hubiera desnudado a tiempo, no habría pecado original), y a los dos o tres que les da por la erección se les anima a renunciar a su pobreza de recursos, o a su falta de control, o ya en pleno linchamiento moral, se les aplaude el debut de su despertar fálico.

Se trata de vencer por una hora —que han de reverberar al volverse un tópico de los participantes y sus auditorios— el terror a la vergüenza, el que o la que no está bien hechecito o bien formadito no por eso deja de existir, y el argumento definitivo del relajo es el valor de la especie unipersonal: “Me propongo responder al erotismo, no suscitarlo”. Y, además, están al tanto: el conservadurismo ya nada más emprende batallas culturales por el deleite de verse derrotado, y está harto de medir fuerzas en vano con la modernidad. ¡Ah, si la sociedad sólo consistiera en las esposas y algunos de los hijos de la clase gobernante, entonces sí que volvería el ánimo pudibundo: “Si no me he casado es porque no quiero que mi esposa se vuelva voyeurista espíandome”.

La hora de la verdad abiertamente desnuda

Tanta gente en cueros le devuelve su identidad perdida a la epidermis, a lo mejor los encuerantes no lo dicen así, pero lo viven al actuar la nueva elegancia, si no se tiene ropa hay que obtenerla con los gestos y la psicología de unos y de otros, un ademán ajusta el traje, el torso retador bien puede hacer que estallen los colores de la camisa que debería estar allí, de los genitales brotan las justificaciones o las insensateces de la otra ropa interior. Sin calzoncillos, corbata y calcetines el alma se extravía.

El verdadero cuerpo genuino es el del Espíritu. Ya lo dice Pablo: "Más es judío el que lo es en el interior; y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra..." (Epístola a los Romanos 2:29). Y al hablar contra la fornicación, contra toda fornicación, Pablo es categórico: "Huid de la fornicación... el que fornicar contra su propio cuerpo peca". "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo de Dios, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vosotros?" (Primera Epístola a los Corintios, 6: 19). Lo claro si breve dos veces conminatorio, en la cultura judeocristiana el cuerpo atendible es el del espíritu, y el otro que tarde en desvestirse, ya tendrá tiempo para hacerlo en la otra, más atlética vida, con lo que resulta que el culto posmoderno del *gym* es otro de los recursos victoriosos de la secularización.

De cuando todos se fijaban en la ausencia de ropa

Un método de humillación típico se funda en una creencia antigua: la exhibición más degradada es el desnudo involuntario y total, y si alguien se queda *en cueros nunca* se repondrá del escándalo. "¡Ya se le vieron los entresijos del alma!" Esto contradice la tendencia internacional que exalta desnudos y semidesnudos, con cierto énfasis en los desnudos masculinos. El fenómeno se anuncia en la década de 1970 con la moda de los *streakers*, los nudistas que irrumpen en campos de fútbol y bailes, exhiben según sea el caso sus vergüenzas o sus desverguenzas, y se retiran empujados por la violencia adecentadora de los policías. En un nivel muy directo los *streakers* corresponden a lo que no resulta moda efímera: la presencia de los *strippers* en Chippendale's y sucursales de espectáculos *sólo para mujeres*. El nudista está allí, con su tanga y los billetes que se acumulan para consumir la "venganza de género", y lo pellizcan y manosean como a sus correspondientes femeninos en los antros de antes y ahora. Las mujeres se divierten con los *strippers*, flores del gimnasio, imaginándose en el lugar de los hombres, tasando el cuerpo al alcance de sus dedos, y gritando "¡Papacito!" con el énfasis antes sólo patrimonio de "¡Mamacita!"

Casi por su cuenta, el *stripper* inicia la revaluación de la estética masculina.

* * * * *

El siguiente paso en la reconsideración del desnudo o el semidesnudo lo da *Full Monty*, la película inglesa sobre el grupo de desempleados ingleses que, con tal de sobrevivir, montan un show de *strippers* con todo y desnudo total (visto de espaldas) al amparo de una canción de Tom Jones. Lo más ingenio-

so de la trama es la gran certeza: la vergüenza (el pudor) es una consideración social prescindible en la era de masas. A partir del film todo es susceptible de un *full monty*, y recuérdese por ejemplo a los estudiantes de la UNAM en 1999 al principio de la huelga (antes del sectarismo arrasador) que organizan un “encuere” en el Auditorio de Ingeniería, y téngase presente a los grupos que hacen lo mismo en todas las reuniones que aspiran a la originalidad. Y esto es también sabiduría orgánica de las organizadoras de fiestas de cumpleaños o despedidas de soltera que contratan *strippers* para la “calistenia visual” de las asistentes.

* * * * *

En el año de 1989 y desde una perspectiva muy distinta, un grupo de mineros de Pachuca se desnuda en las instalaciones de su trabajo para reforzar con sólo las botas puestas su tesis salarial: somos muertos de hambre y no tenemos qué ponernos. El episodio —allí están las fotos de Pedro Valtierra— llama la atención por lo inconcebible de la actitud en un sector entonces declaradamente pudibundo (en lo físico, no en lo verbal). Hasta ese momento, se cree a los obreros muy ajenos al exhibicionismo de los burgueses “decadentes”; por eso, verlos “tal y como los arrojó Dios al mundo” (unos años más tarde) es un cambio de imagen francamente inesperado.

A partir del *strip-tease* de Pachuca se desencadenan los episodios similares. En Chihuahua, un 23 de diciembre, un grupo de agricultores se desentiende del frío y efectúa su desnudo frontal ante la catedral. El obispo intenta disuadirlos alegando falta de respeto, pero un sacerdote lo refuta con el argumento incontrovertible: “Nuestro Señor Jesucristo nació desnudo y, además, por estas fechas”. *El encuere* se efectúa sin acusaciones de herejía.

Y acto seguido, los activistas de muy distintos movimientos, prescinden de la ropa cuando quieren reforzar sus alegatos. Los deudores de la Banca se desafanan de sus atavíos dentro y fuera de las instituciones bancarias. Y el colmo, un grupo de empleados de Limpia de Tabasco acude al Congreso de la Unión y sin fijarse en sus condiciones corporales y sin necesidad del grito “¡Mucha ropa!”, se desnudan allí, en el Santuario de la Patria. Por supuesto, los priístas y los panistas se llaman a injuria y desacato, y alguien habla de “profanación”, pero la alarma moral no cuaja. Con o sin ropa, esos trabajadores no tienen qué ponerse. Y en 2001, en un mitin de simpatizantes del EZLN, algunos jóvenes se deshacen de sus prejuicios (sinónimo de “su ropita”), y provocan una polémica leve porque el desnudo francamente no venía a cuento. En la discusión no queda claro si se desnu-

daron para llamar la atención, y entonces la causa defendida no tenía tanta importancia ya que requería de la luz genital, o si se desnudaron para decir que venimos al planeta sin guardarropa, tesis demasiado barroca si se le vincula a la causa indígena.

Y faltan los desnudos de algunos integrantes de los Cuatrocientos Pueblos que sustentan sus demandas agrarias en el encuere, primero de hombres y luego damas en el Paseo de la Reforma o en las inmediaciones del Senado y el Museo Nacional de Arte. Allí lo que importa es lo que se podría llamar “la ausencia de autocrítica formal”, algo que no le preocupa a los señores parecidos a los Zetas o a los banqueros *pre-gym*, y a las mujeres a las que tal vez describa el mexicanismo *fodongas*.

Y con esos cuerpezotes y esas panzotototas y esos glúteos donde podrían caber seis pares de nalgas comunes y corrientes, cada año los de los Cuatrocientos Pueblos se agregan a los rituales de la ciudad.

¡Quítense todo, pero déjense la epidermis!

Es ya la hora, y desde los altavoces se indica el despojo de prendas y la inmersión nudista en el río, la laguna, el mar encementados, y tanta gente en cueros le devuelve su identidad perdida a la epidermis, si nadie puede decir como en el cuento de Andersen “¡El emperador no lleva traje”, porque todos ostentan las ropas del jolgorio que no se ven porque están colgadas en los tendedores de la memoria, y se trae a la memoria el antiguo relato inglés de Lady Godiva y el Mirón o el Peeping Tom, el único “tonto del pueblo” que sale a ver a Godiva y la contempla en su fascinante desnudez, deberá convenir en que esta vez la voyeurista es Lady Godiva que se deleita con los haberes o la falta de haberes de sus Peeping Toms.

La reinención del pudor

Sin afán de extraer conclusiones porque no tengo tiempo para vestir las, diré que en el Zócalo, la Plaza Mayor, el asilo de los poderes simbólicos de la República y la sociedad, en la mañana del 6 de mayo de 2007 se atestigua entre otros fenómenos el nacimiento de una versión inesperada del pudor de masas, que reexamina la eficacia histórica de uno de los grandes elementos de control del comportamiento o de la “conciencia de la excentricidad” de las personas, o como se le diga al *miedo al ridículo*, esa humildad del respeto acongojado del punto de vista, aquí sí literalmente, de las generaciones pasadas y las presentes. ¡Ah, el miedo al ridículo! Cuánto le deben las instituciones y los fabricantes de ropa.

Definición clásica

“El pudor es modestia, recato, decoro, es la vergüenza de exhibir el propio cuerpo desnudo a la vista de otros, de ser objeto en cualquier forma de interés sexual o de hablar de cosas sexuales. Es el sentimiento que aparta de exhibir cualquier cosa íntima, es vergüenza de exhibir las propias fealdades o lástimas corporales”. En *Diccionario del uso del español*, de María Moliner.

* * * * *

¿En esas quedamos? Esta definición del pudor hoy resulta muy parcial, y como suele suceder, lo que ya no rige de modo absoluto exige otra entrada en el diccionario. Desde hace semanas-luz, viene a menos el temor que paraliza de “exhibir cualquier cosa íntima”, y el misterio del cuerpo ha cedido el sitio al sueño de modificar la anatomía para enseñarla a gusto. Al pudor lo suceden las tentaciones del exhibicionismo, y sí que cambian los tiempos, quién iba a pensar en el valor agregado de lo cachondo, el manejo ordenado y tumultuoso del cuerpo humano, esa habitación de cada uno de nosotros, que —racionalmente hablando— no puede ser motivo de vergüenza (de arrepentimiento gimnástico sí). Y dentro de unos minutos, en el Zócalo serán a fin de cuentas irrelevantes las diferencias entre los cuerpos, y esto, que no niega la existencia de las hazañas del *gym* y el *jogging* y los mil *push-ups* cada mañana y el perfeccionamiento de los *pecs*, sí disminuye las pretensiones de las bellezas singulares. Ahora son tantos los bien formados que su éxito es sectorial o individual, ya nunca más seña de lo irrefutable. Mientras los logros anatómicos se esparcen, la envidia o la gana disminuyen.

Frases oídas al azar (rigurosamente buscado)

—Sólo renunciaré al voyeurismo si me permiten tocar.

—Me inquieta ser incapaz de abstinencia visual.

—Antes, yo nada más aceptaba un desnudo si no era con propósitos artísticos, pero estos cuates me han convencido: en esta época el encuero o es de masas o no será.

—Lo malo es que desde aquí sólo se aprecian los poderes estéticos del montón de gente. En materia de la libido muchos es ninguno.

—Deberían fundar Morbosos Anónimos, para que todos contáramos nuestras batallas con el morbo. Imagínate de lo que nos enteraríamos.

La Hora de la Verdad Abiertamente Desnuda

A momentos, el silencio en el Zócalo hace las veces de murmuración genital. Se pide el saludo a la Bandera Nacional, emergen protestas que rápidamente se apagan, y el debate procede. ¿Se comete o no una falta de respeto al Lábaro Patrio? ¿Hubo antes en la Historia arropada de México una salutación tal y como la República nos trajo al mundo? (La pregunta es retórica.) Lo que no está prohibido está permitido, y es solemne, sincero y profundamente respetuoso el saludo al símbolo. Y la imagen resultante ha de perdurar, en los tiempos en que la simbología empeora con tal de no perturbar a la realidad.

Ya estuvo. Se le rindió su sentido homenaje a la Bandera Nacional y se hizo sin átomo de trapos y, sin reacciones ostensibles ni remordimientos.

Ni hablar: la ropa no es patriótica en sí.

* * * * *

Al voyeurismo lo sustituye la nueva visión del desnudo, algo tan natural masivamente que el morbo consistiría ahora en preguntar: “¿Con quién se compara una persona desnuda que está radicalmente sola?”. La atmósfera se ha dessexualizado pero —y al respecto los testimonios se unifican— a lo largo de estas décadas no sólo hubo que vencer el terror ante la idea de exhibirse “en pelotas”, sino ante las particularidades, el miedo a verse medido por el criterio priápico, el miedo a que las nalgas se escurran ante la vista o colonicen los alrededores, el miedo a las ambiciones territoriales de la panza, el miedo a que los senos de un hombre opaquen a casi todas las mujeres, el miedo... La congregación de pavores da lugar a promesas mentales y a las celebraciones del coraje: las dos embarazadas, el compañero en silla de ruedas, el amigo con el bastón, todo lo que corrobora lo evidente: el desnudo de masas, así nada más ocurra esta vez, reinterpreta el cuerpo humano con un método radical.

Frases rigurosamente epidérmicas:

—De ésta no se repone la derecha que ni siquiera desnuda el alma ante el confesor.

—Estás pendejo, de esa derecha ya quedan poquitos. Ahora la moda es ver cómo le quitan la carga populista a las orgías.

Tunick, el artista con la cámara

Al poseedor de una cámara fotográfica se le obedece casi sin discusión, porque perpetuará la efigie, porque extraerá a la persona de las vilezas del espejo,

vaya uno a enterarse de los porqués en la temporada en que las variedades de la cámara ya son extensión del cuerpo humano, ¡oh McLuhan! Y está en lo cierto Tunick, él tiene la autoridad del fotógrafo, pero es también algo distinto, es un artista que usa como materia prima el sinfín de formas engendradas por el movimiento colectivo de las fisiologías, que varían considerablemente de un minuto a otro. Aquí está la gente de pie, la gente en posición oval o fetal, la persona única que es el sinónimo de muchedumbre, las multitudes que son un solo objeto antropomórfico. En el Zócalo, a Tunick no lo satisface una instalación y pide otra, las posiciones varían y no se trata de un solo cuerpo sino de las formas excepcionales hechas de cuerpos desnudos.

¿Cuál es tu contribución específica?

Los y las que pudieron trajeron su mejor cuerpecito, su genitalia más acicalada, su *derriere* más firme y curvo. Pero en el Zócalo esto es lo de menos, el ejército desnudo ensaya los nuevos comportamientos que si no son sexuales (no lo son) resultan sociológicos, y por lo mismo, no tan sorprendentemente, políticos. Al desplazarse el gentío en cueros hacia la Avenida 20 de noviembre se escucha la reclamación “¡Voto por voto, casilla por casilla!”

¿Oí bien? ¿La demanda del Frente de López Obrador coreada por encuerados? El 2 de julio de 2006 sucedió hace mucho, cuando la esperanza no se fracturaba abiertamente, cuando aún no surgían las victorias culturales notables (sociedades de convivencia, despenalización del aborto, proyecto de eutanasia o muerte digna, desnudo masivo en el Zócalo). Y sin embargo...

—¡Voto por voto, casilla por casilla!

Otro grito, más persistente, se explica mejor:

—¡Norberto/ Rivera/ el pueblo se te encuera!

La democracia ya no besa las manos de Su Eminencia.

* * * * *

Si cada uno o cada una no se sienten específicamente fotografiados el conjunto se aleja para siempre de las ganas del deseo. Ahora el gentío adopta la forma de una flecha. A la estética clásica —¡Oh Grecia! ¡Oh *David* de Miguel Ángel! ¡Oh desconocido Saturnino Herrán!— la pone en crisis el derecho de masas neopúdicas. Sólo de vez en cuando algunas muestras de relajo de grupo, de lo que alguna vez fue “la palomilla brava”. En uno de los descansos, a un joven lo rodean sus amigos:

—¡No estás bueno! ¡No estás bueno!

En otro momento, un grupo de instalados en la instalación rodea al asta bandera. Cerca, otros, menos afectados por los símbolos, les lanzan el grito de guerra y victoria de los table-dance:

—¡TUBO! ¡TUBO! ¡TUBO!

El movimiento de los cuerpos es de un lirismo admirable, o esto argumenta la distancia, que es la perspectiva de Tunick. Súbitamente, la entrada al Metro cerca de Palacio Nacional se vuelve la boca inesperada que en un descuido podría devorar a los nudistas.

Al final, un triángulo de mujeres desnudas. Y una valla a su regreso. Los hombres ya se han vestido. Algunos han extraviado su ropa.

—¡Aquí no hay panistas!

—¡No politices el encuere!

—No los defiendas.

—Ni los definiendo ni los desvisto. Imagínate si se han tatuado las Once Mil Vírgenes.

* * * * *

Se encueraron diecinueve mil y otros tres mil llegaron tarde. Si ya existe el Tunick Book of World Records, México va a la cabeza casi tres veces por encima del Desnudarte de Barcelona. Un error logístico: los hombres se visten primero y cuando las mujeres regresan de las cercanías de Palacio Nacional, hay un brote del machismo antiguo, fotos con el celular, comentarios agresivos, miradas que matan de las ya fatigadas ardientes pupilas. Las mujeres responden con eficacia, no se inmutan, se dirigen hacia sus bultos de ropa, el vestirse es más difícil que la obediencia divertida al “¡Fuera ropa!” del comienzo. Las vallas conceptuales se desintegran casi de inmediato, la sensación que se esparce es triunfal y triunfalista.

Es demasiado pronto para extraer conclusiones. Es demasiado tarde para vestir de nuevo y como si nada a la sociedad.

II

“Aquí me vestía y me desvestí yo: Frida Kahlo”

Imágenes de un performance–homenaje–instalación–recuperación colectiva

Lunes 7 de mayo de 2007. En la Casa Azul de Frida Kahlo, donde nace en 1907 y muere en 1954, yo testigo, y a lo mejor cronista, doy fe de lo que

observo, y lo hago para que lo atiendan los hombres y las mujeres de las generaciones pasadas en esta ciudad, que si ya no están en edad de aprender o de resucitar, sí al menos, en donde se encuentren, podrán reaccionar en contra (si acatan las costumbres en las que vivieron y por las que vivieron, y en las que creyeron al grado de transmitir las como legado muy principal), o tal vez a favor (si les es posible enmendar su testamento en la parte de consignas y Adhesiones al Porvenir).

* * * * *

Doy fe: a las seis de la madrugada se han congregado en la Casa Azul setenta u ochenta mujeres de distintas formas y edades, la mayoría morenas, y oscilantes entre 25 y 40 años, todas de cabello largo que se convierten en trenzas frías. Sigo dando fe: se maquillan y subrayan las semejanzas leves y acentúan la inquietud facial por parecerse y por elevar a la cima del semblante la única ceja triunfal de Frida.

Algunas de las modelos o, más estrictamente, de las performanceras recurren a los espejos fideicomisarios de su autocrítica o de su aprobación. Conocedoras a fondo del rostro de Frida intentan develar el misterio del *ícono*, el término que ha sustituido al *mito*, un concepto indefinible que no reclama veladoras en su cercanía, no alude a ceremonias en el carnaval de las cosmogonías, no merodea en los alrededores de la religiosidad. Además, *ícono* triunfa sobre icono que es una voz grave. Casi naturalmente las palabras esdrújulas vencen.

* * * * *

En principio, el escenario podría verse kitsch, en el sentido del reemplazo de la gran estética que no llegó. Sin embargo, pasada la impresión de la parodia o el pastiche, *doy fe* de una situación compleja: la intención general es participar en el hecho artístico dirigido por Spencer Tunick (entusiasmado por el éxito del día anterior en el Zócalo), y esto se pone de relieve cuando se distribuyen las mujeres en la fuente del jardín, ya ataviadas en homenaje previo a la Eva anterior al mordisco de la manzana.

Paciencia y entusiasmo. Se atienden con disciplina las instrucciones del artista que va componiendo el cuadro, y entrena su disposición facial: "Abran los ojos/ Cierren los ojos". El mantra instantáneo es un sistema de ecos. El equipo de Tunick es muy eficaz y el ánimo es solemne y alborozado (combinación admisible desde que se modernizó el canto gregoriano), y —*doy fe* de mi creencia— las integrantes del acto performativo se adentran en la instala-

ción, y en algún nivel no ser Frida es una meta imposible, y no dejar de serlo es un destino psíquico. Y “el parque temático” de cejas monotemáticas habría divertido considerablemente al motivo de su inspiración. (Yo no lo sé de cierto, lo supongo).

* * * * *

En un descanso, hablo con las incansables Hilda Trujillo, directora de la Casa Azul, y Mireya, del Grupo Murrieta que organizó la llegada de Tunick a México en combinación con Gerardo Estrada, director de Difusión Cultural de la UNAM. Están felices y colmadas de anécdotas. En ese momento brota una consigna: “¡Diego/ Rivera/ El pueblo se te encuera”. Si ya el cardenal Norberto Rivera, objeto del grito masivo del día anterior, se rindió y ofreció una disculpa telúrica de su oposición al acto (“No se cayó ninguna piedra de la Catedral”), la victoria le pertenece por entero a Diego, ¿o quién otro podría convertir esta escena en un mural de la Secretaría de Educación Pública?

Paréntesis con dispositivos teóricos (I)

¿Qué se quiere expresar cuando se afirma: “Mi cuerpo me pertenece”? ¿Cuáles son las relaciones “interactivas” de cada persona con su atractivo, su fealdad, su forma fisiológica, su prontuario de aceptaciones y rechazos? ¿A qué se enfrentan a diario las mujeres por causa de su género, a qué variedad de agresiones, de ultrajes psicológicos o físicos, de situaciones opresivas? ¿Cómo varían los vínculos de las mujeres con sus cuerpos?

Las feministas de 1971 o 1974 lo dijeron de modo tajante: “Mi cuerpo es mío”, y al hacerlo aludían en primer lugar a los derechos reproductivos, a la decisión de tener o no tener hijos. Luego, el análisis abarcó otros temas/ graves problemas. En un alegato muy interesante, *Mi cuerpo es un campo de batalla. Análisis y testimonios* (Ediciones La Burbuja, 2006), del Colectivo Ma Colère, destacan las observaciones de Carla Rice. Reproduzco algunas: “Cada día, en todas partes, millones de mujeres (con tal de mejorar su figura) se entregan a actos de autodestrucción, controlados o no, ritualizados o rutinarios. Nos privamos en silencio, padecemos hambre, ayunamos o hacemos ejercicio a ultranza, aliando el bienestar emocional con un ideal que suele estar fuera de nuestro alcance. Nos destruimos igualmente con drogas o alcohol, nos mutilamos, nos quemamos la piel o nos disociamos de nuestro cuerpo con la esperanza de sobrevivir escapando a él totalmente”.

Instaladas en la Casa Azul

Doy fe. Frases de la mañanita en la Casa Azul

—Lo único que te pido es que no me mires a los ojos.

—Ayer en el Zócalo hubo un momento en que sí me apené, al darme cuenta que no sentía pena alguna.

—Mira, no es mamonería pero como lo siento te lo digo: sí soy arrogante y entiendo por *histórica* la liberación que sentía, lo de ayer fue *histórico*; ahora, sí se me bajan los humos y anticipo la envidia que provocamos en cientos de miles, lo de ayer fue francamente *histórico*... y déjale el énfasis, cabrón.

—No sé si lo volvería a hacer; lo que sí sé es que lo de ayer fue como si lo hubiera hecho un montón de veces.

—Cuando regresábamos de la última foto, un par de tipos nos lanzaron frascitas y miradas pendejas. Yo me paré y les dije: “¿Qué con ustedes, cabrones? Cómo se nota que jamás en su pinche vida han visto una mujer vestida como Dios quiso que anduviéramos”.

—Todo el tiempo en el Zócalo me la pasé pensando. “¿Y si mi mamá me ve?” ¿Y qué cree? Allí estaba con mi tía y me saludaron como si nada.

Paréntesis con dispositivos teóricos (II)

Del texto de Carla Rice. (*Mi cuerpo es un campo de batalla*): “Nuestros sentimientos colectivos de repulsión, de vergüenza y alienación, son las consecuencias de una guerra —un conflicto efectuado en el territorio de nuestros cuerpos—. Ese conflicto, que se despliega en el terreno de lo que nos define como mujeres, se desarrolla a través de la regulación, el control, la supresión y la ocupación de prácticamente todos los aspectos de nuestro ser físico: sexualidad, vestimenta, apariencia, comportamiento, fuerza, salud, reproducción, silueta, tamaño, expresión y movimiento”.

En lo alto de la pirámide las mujeres vencen a la intemperie

Las instaladas e instaladoras se distribuyen sobre la pequeña pirámide, que no ha sido ni será una cualidad artística de la Casa Azul. Festejan, aplauden, visten y revisten a sus bromas, escuchan devotamente al artista, parapadean... Al finalizar el segundo performance se quedan quietas, en el *stand by* de la esperanza. Es el momento de elegir a las quince que ingresarán al estudio de Frida para la foto final, y Tunick me encomienda la elección. Doy fe: la energía anhela la selección, los rostros desearían ser proteicos

para adquirir imborrablemente los rasgos de Frida. Se eligen a las más parecidas o a las más decididas a la metamorfosis y Tunick sonrío, aprueba. Las nominadas (creo que así se dice en *Big Brother*) se entristecen, pero sin rencor hacia sus facciones, tan distintas a las de Frida. Una señora *de edad* se me acerca:

—Usted es un pendejo. Vine de Morelia nomás a esto y usted no me seleccionó. Usted es un pendejo.

Procuro corregir mi culpa y hablo con Hilda Trujillo, que le hace señas a la señora de que pase.

Paréntesis con dispositivos teóricos (III)

Del texto de Carla Rice:

“La guerra contra el cuerpo de las mujeres es, en primer lugar, un conflicto de las medidas y la silueta, causado por la utilización de tabúes profundamente anclados y un dictado patriarcal poderoso contra aquellas mujeres que ocupan el sitio y reclaman su propio espacio... La guerra dirigida contra el cuerpo de las mujeres es una guerra contra nuestro derecho de existir tal como somos, con todas nuestras imperfecciones y nuestros defectos, protuberancias, huecos, arrugas y líneas, todos los rasgos con los cuales hemos nacido y que se transforman conforme pasa la vida, la edad y la cercanía de la muerte”.

La batalla contra los tatuajes psíquicos

Doy fe. La desnudez colectiva es un pacto epidérmico necesariamente profundo, y esto no podría ser un juego de palabras. Piense lo que piense de su cuerpo cada una de las mujeres —de eso no podría dar fe—, están seguras del hecho físico del cuerpo colectivo y eso equivale a la repartición proporcionada de formas, tan efímero como sea este experimento artístico (psicológico, sociológico, cultural, en última instancia político). El orgullo que se advierte es de todas y de cada una, y es artístico y es personal, no “Así soy y qué” sino “Así soy todas y adelante”. A lo mejor no da para tanto la interpretación, pero doy fe.

Último paréntesis con dispositivos teóricos (IV)

Del texto de Carla Rice:

“Hemos aprendido a despreciar la gordura. Las personas gordas, y en particular las mujeres gordas, son las víctimas de burlas innumerables, y están

sometidas a la humillación pública y el ridículo... Se desprecia la gordura porque se le percibe como un factor dependiente de la voluntad del individuo... Todas las mujeres, ya sean gordas, medianas o delgadas, aprenden que la gordura es probablemente la causa fundamental y justificada de su sufrimiento, y que la delgadez es el medio de salir de la opresión. El culto a la delgadez brinda a las mujeres un medio alternativo y convincente de acceder al poder manipulando nuestro cuerpo para labrarse una silueta preadolescente, más cercana a las líneas masculinas.”

El jardín de las estatuas de carne y hueso

Doy fe. La tercera instalación de Tunick tiene lugar en el pequeño estudio de Frida, reconstruido por el poeta Carlos Pellicer y decorado o adornado con muestras del arte popular, los testimonios de un capricho acumulativo que el tiempo vuelve alud de reliquias descifrables, y claves del gusto, lo que lleva a los jóvenes a no indignarse ante la galería de tiranos del extinto socialismo real. *Doy fe:* en el caballete, un retrato agradeciblemente inconcluso del camarada Stalin.

Las quince o dieciséis seleccionadas se reparten y de inmediato, porque así debe ser, adoptan la pose estatuaria. La alegría chévere o padrísima de las dos instalaciones anteriores deja el sitio a la gravedad súbita, aquí pintó el Ícono, aquí padeció, aquí... Tunick demanda la flexibilidad de la mirada (“Abran los ojos/ cierren los ojos”), organiza y reorganiza la escena, y la actitud de las mujeres no admite dudas: no viven una parodia sino un acto ritual. Al ser Frida una improbable pero firme Virgen laica, una Virgen de los Dolores atendidos médicamente, se puede, y se debe ofrecérsele el cuerpo desprotegido y protector de cada una y de todas. *Doy fe.*

A la salida, la señora *de edad* se reconcilia conmigo: “Usted no es tan pendejo”.

* * * * *

En el debate intenso sobre Tunick, donde a cambio de elogios numerosos se le llega a asociar, vagamente con “la estética de masas del fascismo” y con el comercialismo, las acusaciones despiadadas y la primera no muy sustentable, se olvida por sistema a los participantes, a sus intenciones y sus reacciones, que Tunick impulsa pero que no dependen de él estrictamente. Y nunca lugar mejor para certificarlo que la Casa Azul de Frida Kahlo.

Doy fe●